

Las fronteras del patrimonio industrial

JOSÉ LUIS LALANA SOTO y LUIS SANTOS Y GANGES
Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid



El patrimonio industrial está de moda. Tanto en el ámbito académico como en el administrativo y en el técnico-operacional se le empieza a considerar un asunto relevante. Estamos, sin embargo, ante un campo del conocimiento poco estructurado, donde los límites son difusos y los objetos de estudio y los métodos, criterios y contenidos son objetos de debate minoritario. Pretendemos en este artículo abordar críticamente los conceptos en uso con la intención de hacer ver la oportunidad del debate, plasmando nuestras propias ideas y enfatizando la conveniencia de la interdisciplinarietà.

Aunque el término "arqueología industrial" apareció por primera vez en un artículo de Michael Rix en 1955, se considera, y así lo señala Buchanan ya en 1972, que la arqueología industrial nació con la batalla por salvar la entrada monumental a la Euston Station de Londres, finalmente derribado por British Railways en 1962 a pesar de las protestas sociales. El problema, la queja habitual en artículos o conferencias, es que no existe la disciplina académica como tal. Es evidente que requiere el concurso de muchos especialistas en ramas diversas, es decir, el trabajo en equipos multidisciplinares, y que la gran diversidad de los testimonios, materiales e inmateriales, que ha llegado a



Ilustración 1: Entrada monumental a Euston Station en Londres. Grabado de 1838. British Railways demolió en 1962, a pesar de las protestas ciudadanas, la entrada monumental que la London & Birmingham Railways había erigido, en 1838, para la primera gran estación de línea del mundo. La batalla por preservar el arco de esta demolición innecesaria, wantonly en palabras de Rix, se considera que marca el nacimiento de la arqueología industrial.

nuestros días, a pesar del acelerado ritmo de destrucción, impide o cuando menos dificulta enormemente, la aparición de un corpus teórico disciplinar.

La grandeza y la miseria del estudio del legado de la sociedad industrial es precisamente esta falta de disciplina formal, que por un lado ha ensanchado el horizonte, tanto en contenidos como en métodos, de las disciplinas relacionadas con ella, enriqueciéndolas notablemente, pero que a veces da la impresión de ser una caótica torre de Babel, una etiqueta que se puede colocar en cualquier tipo de escrito, actuación o evento, sin más requisito que buscar una conexión

con la industria, algo sencillo dada la influencia de la misma en cualquier aspecto de nuestra vida, o, simplemente, con añadir el adjetivo "industrial" en algún lugar del título. Lo más directo, como ocurre con otros campos de conocimiento, es achacar el problema a la falta de una formación específica, reclamando, por tanto, la delimitación de una parcela académica que nos permita "reconocer a los nuestros", y acotar así el grupo de los que están capacitados para trabajar en arqueología industrial.

Pero la pregunta que cabe hacerse es otra: ¿es realmente necesaria la formulación y construcción de una nueva disciplina

académica? Creemos que la respuesta, observando otras ramas del saber, es que no. La arqueología industrial ya no es nueva, aunque éste sea un adjetivo de uso frecuente en el título de artículos o libros sobre el tema, ni minoritaria. Aunque es cierto que todavía queda mucho camino por recorrer, el estudio del patrimonio industrial es un área de conocimiento firmemente anclada en el panorama cultural actual, que después de varias décadas de trabajo cuenta ya con una producción teórica y práctica nada desdeñable, como ocurre con otros campos de estudio que, por lo difuso de sus límites y su complejidad, tampoco cuentan con un corpus científico y un currículo académico propios, pero sí con una cultura, un acervo técnico y un *savoir faire* que encuadran, aunque no sea de forma rígida, su campo de acción. El urbanismo, por ejemplo, es una disciplina que tampoco tiene, en muchos países, una titulación específica, y en ella trabajan arquitectos, geógrafos, sociólogos, abogados, ecólogos, etc. Ni siquiera está claramente establecida su categoría dentro del saber humano, y según la obra que consultemos lo encontraremos definido como ciencia, como técnica o como arte, con definiciones bastante imprecisas, que acaban por obligar a una aproximación histórica de la noción. Pero es indudable que cuenta con un acervo teórico-práctico que es necesario conocer bien, además del manejo solvente de las herramientas y técnicas específicas, para poder denominarse urbanista.

El estudio del legado material de la sociedad industrial ya no es, por tanto, un "nuevo territorio", por usar la conocida expresión de Bergeron y Dorel-Ferré, sino un "ámbito inmaduro" que, aunque no tenga sus propias escuelas o estudios superiores, puede ser considerado como una disciplina en el sentido de que está definida y dispone de una producción teórica y práctica importante, de canales de difusión de sus inves-

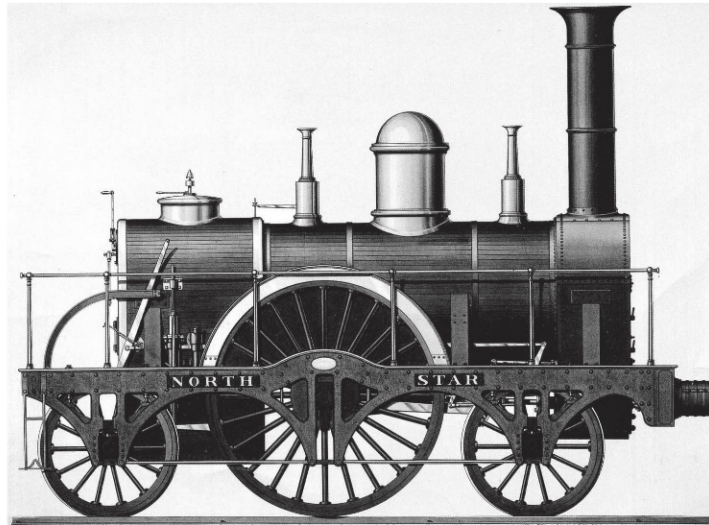


Ilustración 2: La locomotora North Star, de la Great Western Railway. El primero de los monumentos industriales que incluye Rix en el apartado de las pérdidas penosas (*grievous*) es la locomotora North Star, construida en 1837 por la Great Western Railway, y desguazada en 1905 al no encontrar un lugar donde preservarla. Casi todos los textos británicos sobre arqueología industrial incluyen una referencia a esta locomotora; una elección que resulta, cuando menos, curiosa, primero porque hacía más de medio siglo que había desaparecido, y segundo porque puestos a escoger una locomotora importante para la historia, ésta debería ser, sin duda, la Rocket de Stephenson, construida para la célebre competición de Rainhill en 1829.

tigaciones (congresos, publicaciones específicas) y, en general, del reconocimiento como tal por parte de la comunidad académica. Pero es cierto que se trata de una disciplina, un territorio, de confines imprecisos, difusos, tanto por el objeto de estudio como por la gran diversidad de los enfoques desde lo que se puede abordar o las metas que se persiguen.

1. Las fronteras disciplinares y del patrimonio industrial ¿Arqueología o historia?

El objeto de estudio son los restos materiales que han llegado a nuestros días de actividades industriales hoy obsoletas; restos que la sociedad considera un patrimonio, es decir, una herencia valiosa, digna de ser conservada. Así, hay que empezar por distinguir tres conceptos: los restos materiales de la industrialización, el patrimonio industrial y la rama del saber encargada de su estudio, denominada arqueología industrial.

En principio parece lógico que, dado que se trata de ana-

lizar restos materiales del pasado, la especialidad encargada de su estudio se denomine arqueología, que es la disciplina que ha desarrollado los métodos de estudio adecuados para ello, frente a la orientación esencialmente documental de la historia. De hecho, la arqueología industrial puede considerarse como una parte de la arqueología de la producción, y así lo sostenían algunos de los pioneros¹ o actualmente Marilyn Palmer, presidenta de la Association for Industrial Archaeology. Lo que se reivindica es la capacidad del método arqueológico para dar respuesta a preguntas ignoradas por la historia convencional, excesivamente dependiente de las fuentes documentales, e incapaz, por ejemplo, de decirnos cómo vivían, pensaban o se relacionaban los trabajadores (generalmente analfabetos) de una mina o una factoría. Porque el foco de examen es el hombre, la sociedad, y no los restos materiales por sí mismos:

"They want to know things which the traditional, library-bound historians never thought interesting or important, and to them it seems ridiculous to divide history into compartments [...] History is primarily about people, not things, and industrial archaeology, as one of the historian's tools is about the part that coal-mines, steam-hammers, and abandoned airship hangars played in the lives and thinking of the people who designed and operated them". (Hudson, 1976).

El objeto de estudio de la arqueología industrial, más que los restos materiales de la sociedad industrial, es la propia sociedad industrial, a partir de sus restos materiales.

Por su parte, también desde la historia se había postulado la necesidad de trabajar formulando preguntas e intentando obtener respuestas, aún cuando no existan fuentes documentales específicas para ellas. Lucien Febvre, en su magnífico ensayo «Hacia otra historia», de 1949, escribe una apasionada crítica hacia la historia "convencional", formulando la necesidad de plantearse preguntas y aventurar respuestas, utilizando para ello, además del ingenio², cualquier tipo de información disponible:

"La historia se hace con documentos escritos, sin duda. Pero también puede hacerse, debe hacerse, sin documentos escritos si éstos no existen. [...] Con palabras. Con señales. Con paisajes y con tejas. Con la forma de los campos y las malas hierbas. Con eclipses de luna y cabestros. Con el examen de las piedras por geólogos y el análisis de las espadas por los químicos"³, porque están "los campos y las máquinas y las instituciones, las creencias, los escritos: detrás de todo eso que interesa a la historia, que es materia de la historia, lo que el historiador quiere captar son los hombres."

Melvin Kranzberg, uno de los fundadores de la Society for the History of Technology en 1958,

y de la revista *Technology and Culture* en 1959⁴, plantea en la introducción de «*Technology in Western Civilization*» (1967) una visión similar, basándose en la necesidad de superar la situación existente: los libros de historia sólo tratan los factores técnicos desde aspectos económicos y sociales, pero no hacen ningún intento serio por comprender la relación entre industria y sociedad, mientras que las historias de la tecnología existentes sólo se centran en los aspectos "internos" de la misma, omitiendo los culturales, económicos o sociales.

Algunos historiadores consideran, en fin, que la arqueología industrial no es una nueva disciplina, sino una nueva aproximación histórica al fenómeno industrial⁵.

El estudio del patrimonio industrial, ¿es arqueología, es historia o es una rama independiente de ambas? Si seguimos estrictamente a Buchanan, la arqueología industrial sería una parte del estudio del patrimonio industrial, orientada a los restos materiales y el trabajo de campo, pero entonces surge el problema de cómo denominar al conjunto de los estudios que comparten tanto el objeto como el objetivo. En la práctica, y aunque este tema es objeto de apasionados -a veces incomprensibles- debates en la comunidad académica, la denominación formulada por Rix en 1955, que no es mejor ni peor que otras que se pudieran haber propuesto, es la que finalmente se ha generalizado, sin que eso signifique renunciar a ninguna de las aportaciones que se puedan realizar desde las diversas disciplinas académicas (y no sólo desde la arqueología o la historia). La Carta de Nizhny Tagil sobre el Patrimonio Industrial (TICCIH, 2003) define la arqueología industrial como "un método interdisciplinario para el estudio de toda evidencia, material o inmaterial [...] creados por procesos industriales o para ellos."

En todo caso, más que el sustantivo "arqueología", es el

adjetivo "industrial" el que plantea los verdaderos problemas para fijar las fronteras del patrimonio industrial, especialmente en tres aspectos: la delimitación cronológica, la espacial y la temática.

Delimitación cronológica: ¿desde cuándo podemos hablar de industria?

El problema de la delimitación cronológica de la arqueología industrial surgió muy pronto. Los pioneros consideraban restos industriales todos los relacionados con la producción y el trabajo del hombre, desde la prehistoria hasta nuestros días, aunque por diversos criterios se centraban especialmente en el periodo de la industrialización. Por tanto, a pesar de que los límites temporales, como veremos, siguen planteando problemas y no pueden ser establecidos de forma estricta, se ha considerado que podemos hablar de industria a partir de mediados del siglo XVIII.

Esto se debe a que se asocia el patrimonio industrial con el sistema técnico vapor-hierro-carbón, vinculándolo al concepto de revolución industrial, un término acuñado a principios del siglo XIX, utilizado por Friedrich Engels y difundido por Arnold Toynbee⁶. Pero este término, tan conveniente como engañoso, sugiere un cambio súbito y radical de las estructuras, y aunque sigue siendo de uso común, ha sido y es muy controvertido. En primer lugar por su escasa adecuación a muchas realidades territoriales, tanto por el marco temporal como por el tipo de industria o la fuerza motriz asociados a la industrialización, pero sobre todo porque más que de una revolución, de lo que se trata, al menos desde un punto de vista tecnológico, es de una rápida evolución, una época en la que determinadas tendencias y esfuerzos previos se imponen y generalizan, transformando las formas de trabajar y vivir del hombre. Pero si en lugar de



Ilustración 3: Science Museum, South Kensington (Londres).

La concepción general del Museo de la Ciencia de Londres y su colección sigue las pautas marcadas en las primeras obras sobre arqueología industrial, que suelen citarlo expresamente. Incluye exposiciones relativas a todo lo que tiene que ver con el avance técnico humano, aunque la práctica totalidad pertenece a la época industrial, llegando hasta los objetos que se han dejado de utilizar muy recientemente, como un teléfono de sobremesa con marcación por disco o un ordenador personal obsoleto.

revolución hablamos de evolución, ¿dónde ponemos el límite temporal? Aún utilizando el término revolución industrial en su acepción más laxa y global, identificándolo con la época en que se desarrolla el fenómeno industrial, no podemos fijar una fecha indiscutible y concluyente, a partir de la cual podamos hablar propiamente de "industria". La actividad industrial fue madurando durante siglos, mediante el sistema técnico agua-madera, que podríamos considerar como protoindustrial o preindustrial, que convivió -se relacionó- durante mucho tiempo con los nuevos establecimientos industriales. Las grandes manufacturas y los talleres militares, que Bergeron denomina "protofábricas", enormes espacios de trabajo en los que la máquina está todavía ausente, en realidad agrupaciones de artesanos, ¿son patrimonio industrial?

La Carta de Nizhny Tagil deja una vez más abiertas las puertas, al considerar que "el período histórico de principal interés se extiende desde el principio de la Revolución Industrial, la segunda mitad del siglo XVIII, hasta la actualidad, incluida. Si bien también se estudian sus raíces preindustriales y protoindustriales anteriores. Además, se recurre al estudio del trabajo y las técnicas laborales rodeadas de historia y tecnología". En el caso español, el Plan Nacional de Patrimonio Industrial (2000) incluye "las manifestaciones comprendidas entre la mitad del siglo XVIII, con los inicios de la mecanización, y el momento en que comienza a ser sustituida total o parcialmente por otros sistemas en los que interviene la automatización."

El término ante quem introduce, como muestran las dos citas anteriores, un problema al

menos tan complejo, si no más, que el post quem. ¿A partir de qué fecha consideramos que una manifestación industrial es demasiado moderna para formar parte del patrimonio industrial?

Delimitación espacial: de la fábrica al establecimiento

Una industria sólo en raras ocasiones es identificable con un edificio, por lo que es conveniente -aunque poco frecuente- distinguir entre dos conceptos: fábrica y establecimiento industrial⁷. La fábrica es el local de producción propiamente dicho, mientras que el establecimiento es el lugar, caracterizado por su unidad geográfica, donde se ejerce la actividad económica de producción industrial, es decir, el terreno y los edificios que en él se encuentran.

En los primeros tiempos de la industrialización, y en las pequeñas empresas en general,



Ilustración 4: Ironbridge, en Shropshire (Reino Unido). Grabado basado en una pintura de Michel Angelo Rooker, 1782. Los monumentos industriales de la Coalbrookdale Company, incluidos en el Ironbridge Gorge Museum, creado en 1967 declarado Patrimonio de la Humanidad en 1986, son quizá los más conocidos del mundo. El conjunto, publicitado como el "lugar de nacimiento de la industria", recibe su nombre del puente metálico más antiguo del mundo, erigido en 1779, y está formado por diez museos a lo largo del valle del río Severn, que reciben una media de 300.000 visitantes anuales.

todas las funciones se reúnen en un solo espacio, un establecimiento que incluye fábrica, oficina, almacén y, en su caso, laboratorio y delegación comercial. Todas estas funciones pueden desarrollarse en un único edificio o, más comúnmente, en varios. Generalmente se trata, por tanto, de un complejo espacial, donde suele haber un edificio principal, que pierde buena parte de su sentido si no se considera su relación con los demás elementos, edificados o no, probablemente más pequeños y menos espectaculares, pero tan importantes para comprender el conjunto como el principal. Edificios y espacios no están dispuestos

de forma aleatoria, y tanto sus características formales como su ubicación dentro del complejo obedecen a una lógica, a veces no evidente pero casi siempre producto de la experiencia, por lo que ninguno de los componentes puede ser considerado como accesorio. El edificio industrial se convierte en un espacio industrial, que hay que comprender como tal espacio. A la pregunta ¿qué actividades se realizaban en este lugar? hay que añadir otra: ¿cómo estaban organizadas las actividades en las diversas partes del lugar?

El edificio industrial no puede considerarse de forma aislada, y la conservación del inmueble

principal, la fábrica, aunque quizá sea el más importante y el más valioso arquitectónica y estéticamente, puede y suele ser una confusión de la parte por el todo, producto de pensar en términos de monumento y no de sistema complejo de organización del espacio y del trabajo. Un buen ejemplo, dentro del campo en que nosotros solemos trabajar más específicamente, es considerar el edificio de viajeros de la estación de ferrocarril como el único elemento digno de estudio -y por tanto de formar parte del patrimonio industrial- en el espacio ferroviario de intercambio, como, en el fondo, ocurrió con la controversia sobre la entrada de

la estación londinense de Euston. Sin duda es la construcción más conocida por el conjunto de la población, la más importante y monumental de una estación de ferrocarril, sobre todo porque ésta es precisamente una de sus funciones, el enlace de los sistemas urbano y ferroviario, la "puerta de la ciudad"; pero sólo es una parte de un complejo espacial mayor, y ha de ser interpretado, siempre, como una pieza dentro del conjunto.

Pero además un establecimiento industrial tiene una dimensión territorial. No se abastece a sí mismo; requiere materias primas, fuentes de energía, acceso a medios de transporte, mano de obra y las infraestructuras adecuadas tanto para el abastecimiento como para la elaboración y la distribución de los productos. Aspectos como qué factores han influido en la localización del establecimiento en ese lugar y momento, cuál es su área de influencia, tanto en términos de abastecimiento como de mercado o de mano de obra empleada, qué relación tiene con el entorno, con las vías de comunicación, con los núcleos de población o con otros establecimientos, por citar algunas, son esenciales. Se trata, en suma, de las cuestiones básicas que aborda la geografía, que ha prestado una especial atención a la industria porque ésta es una actividad productiva con una lógica espacial diferenciada y un agente de primer orden en la organización del territorio. Como afirma Ortega Valcárcel (1999), "no hay posibilidad de entender los restos industriales sin la perspectiva territorial."

Por otra parte, mientras que el establecimiento es la unidad técnica de producción, la unidad económica, con personalidad jurídica, es la empresa. Una empresa puede estar formada por un único establecimiento (empresa y establecimiento se confunden en un único espacio) o por varios, de los que sólo uno es la sede social, por factores rela-

cionados tanto con la evolución de la empresa (ampliación de la actividad, absorción de otras empresas, división funcional del trabajo, adaptación a los recursos humanos o materiales, etc.) como con las características del sector (por ejemplo, el ferrocarril y los medios de transporte en general).

En definitiva, en el estudio del patrimonio industrial no se pueden obviar las consideraciones espaciales y territoriales, puesto que en la práctica totalidad de los casos hay que estudiar un establecimiento industrial, del cual la fábrica es sólo una parte, e incluso, en ocasiones, un conjunto de instalaciones relacionadas entre sí (una ciudad, un valle, una empresa). Sin embargo, la concepción monumental y particularista del patrimonio industrial, que sigue siendo la dominante a pesar de que la arqueología industrial ha reconocido desde sus comienzos la importancia de la dimensión espacial y territorial, dificulta en muchas ocasiones el tratamiento adecuado de estos aspectos.

Delimitación temática: ¿qué es industrial?

En tercer lugar, hay que determinar qué actividades se incluyen dentro de la esfera del patrimonio industrial. A pesar, o quizá debido a que la influencia de la industria ha sido fundamental para nuestra cultura, el término no se puede definir con precisión. No es, ni mucho menos, el cometido de este artículo entrar en un asunto tan complejo, al que se han dedicado muchos esfuerzos, y sólo pretendemos señalar que no es tan evidente como pueda parecer en una aproximación simple. Por ejemplo, a efectos de patrimonio industrial no se puede identificar industria con sector económico secundario.

A modo de aproximación podemos considerar que industria es el conjunto de actividades colectivas de producción de bienes

a partir de materias primas con el concurso del trabajo y del capital, lo cual nos sigue dejando el problema de la delimitación temática, es decir, qué consideramos que se puede incluir en la rúbrica del patrimonio industrial, un problema que ha generado todavía más divergencias entre autores y escuelas que la delimitación cronológica y la espacial. Determinadas actividades, consideradas complemento indispensable de la industrialización, como el ferrocarril⁸ o la minería, se incluyeron desde el principio en el campo de la arqueología industrial, mientras que otros elementos como la obra pública, incluida también en las formulaciones iniciales, son todavía hoy objeto de debate.

Desde la perspectiva de la arquitectura industrial, la primera orientación básica de la arqueología industrial y la dominante todavía en la actualidad, se planteó la cuestión de si con esta denominación se hacía referencia sólo a los edificios de uso industrial o si se podían incluir aquellos que utilizaban materiales preparados por la industria (arquitectura del hierro) o estaban indirectamente vinculados a ella. Maurice Daumas (1980), historiador de la ciencia y la técnica, e introductor de la disciplina en Francia, expuso de forma brillante la que hoy es la orientación generalizada:

"La arquitectura industrial no es sólo la arquitectura de edificios de uso genuinamente industrial, sino también la de aquellos edificios que son concebidos con unos modelos de pensamiento y praxis derivados de los paradigmas de la era mecánica, que, lógicamente, vinieron íntimamente relacionados con la aparición en el mercado de nuevos materiales preparados por la propia industria como el hierro, el acero o el hormigón armado y con la aparición de nuevas tipologías arquitectónicas que surgieron como resultado de las nuevas necesidades de la sociedad industrial, de la distribución

de la producción y de su consumo (mercados, mataderos, almacenes...). Lo mismo podemos decir de los puentes, canales, ferrocarriles, metropolitanos, comunicaciones, conducciones de aguas potables, suministro de gas y electricidad, es decir, de todo aquello que podemos definir como equipamiento técnico puesto al servicio de las colectividades y por lo tanto la llamada Obra Pública. Así mismo, los inmuebles de habitación, obrera fundamentalmente, su estudio sociológico y urbanístico es indisoluble del fenómeno de la industria y por lo tanto de la Arquitectura Industrial⁹."

En España, Inmaculada Aguilar defiende esta visión, por otra parte plenamente coherente con las formulaciones originales de la disciplina¹⁰, argumentando que la arquitectura industrial, concebida en el sentido expresado por Daumas, muestra los caracteres de la revolución industrial: intercambiabilidad, serie, repetición, estándar, comercio, técnica, funcionalidad, racionalidad.

En realidad, los estudios sobre patrimonio industrial actuales deberían seguir esta concepción, expresada en el Plan Nacional de Patrimonio Industrial (2000), que establece, de forma orientativa, dos tipos de áreas temáticas:

- El patrimonio genuinamente industrial, que incluye, además de los diversos sectores industriales, la minería y las actividades extractivas, la extracción y distribución de agua, la energía, el transporte y las comunicaciones.

- Los conjuntos y elementos arquitectónicos vinculados al patrimonio industrial, como almacenes, chimeneas o colonias y viviendas obreras.

El TICCIH, por su parte, establece en la Carta de Nizhny Tagil que "el patrimonio industrial se compone de los restos de la cultura industrial que poseen un valor histórico, tecnológico, social, arquitectónico o científico. Estos restos consisten en edifi-

cios y maquinaria, talleres, molinos y fábricas, minas y sitios para procesar y refinar, almacenes y depósitos, lugares donde se genera, se transmite y se usa energía, medios de transporte y toda su infraestructura, así como los sitios donde se desarrollan las actividades sociales relacionadas con la industria, tales como la vivienda, el culto religioso o la educación."

La conclusión que se puede extraer de lo expuesto hasta ahora es que hay una idea relativamente clara y fundamentada sobre la delimitación cronológica, espacial y temática del patrimonio industrial, pero con unos límites imprecisos, sujetos a interpretación y debate, que permiten la incorporación de nuevos enfoques, enriqueciendo las diversas disciplinas de las que proceden.

A modo de ejemplo de uno de estos nuevos enfoques, sugerido en la definición de Nizhny Tagil pero apenas tratado hasta ahora dentro del patrimonio industrial, podemos citar la cuestión del aprendizaje. Una fábrica, como una sociedad, es la depositaria de experiencias acumuladas, y

además de los procesos de producción habría que estudiar y comprender el funcionamiento del aprendizaje y la renovación de la mano de obra, considerando la mayor o menor dificultad para conseguir obreros de determinados oficios, que requerían de un prolongado tiempo de aprendizaje –ligado en ocasiones a complejos sistemas de ascenso– puesto que el factor de formación esencial era la experiencia¹¹.

2. Estudiar el patrimonio industrial. Los restos materiales de la industria como "patrimonio"

Un patrimonio es una herencia de nuestros antecesores, un legado que entendemos que merece ser preservado y transmitido a nuestros sucesores. En ese sentido, el patrimonio industrial participa de la progresiva ampliación del concepto de patrimonio, que ha pasado del artístico al histórico-artístico y al cultural en sentido amplio (industrial, territorial, viario), del singular al plural (conjuntos, sistemas), o también al natural o al no material.

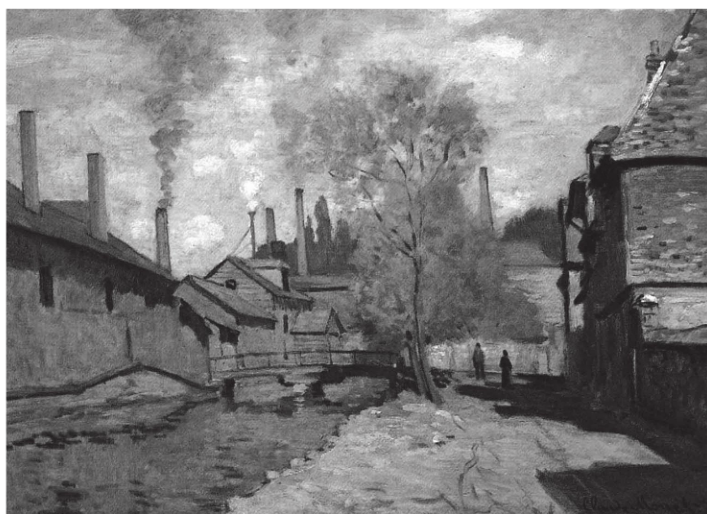


Ilustración 5: Fábricas en Deville-lès-Rouen (Claude Oscar Monet, 1872).
La industria, tanto por su significado social como por sus valores plásticos, es el elemento central de muchos cuadros, y aparece representada en prácticamente todos los estilos pictóricos. Pintores impresionistas como Monet o Pissarro, o Dario de Regoyos en España, dedicaron muchas de sus obras a la industria y sus paisajes.

Podría decirse que la condición inicial para que una sociedad pueda llegar a considerar patrimonio los restos materiales de la industrialización es que ya no sea una sociedad industrial. La fábrica dura, inhumana- no despierta el "cariño" de los trabajadores, y sólo cuando la industria, en su sentido más clásico, ha dejado de ser necesaria, se "cosifica" y se convierte en un icono, en un elemento de identidad colectiva. Para que el pasado se convierta en patrimonio, primero ha de dejar de estar vivo.

Es, en palabras de Ortega Valcárcel (1999), la "paradoja de la cultura modernista que, de una parte, destruye y sustituye la materialidad de esas sociedades preexistentes y, por otra, se vuelca en la preservación de lo que no son sino restos obsoletos de las mismas, o manifestaciones en proceso de desaparición [...]. Una cultura que incorpora la preservación del pasado como un signo de su propia modernidad."

El contexto en el que hay que enmarcar la aparición y generalización del concepto de patrimonio industrial es, en primera instancia, igual que para el propio concepto de patrimonio, el de la conciencia de la ruptura con el pasado, que estimula la aparición de una cultura de la preservación. Pero, sobre todo, tiene mucha importancia el contexto de una creciente demanda de componentes de identidad local, que se incrementa al mismo tiempo que se globalizan las funciones económicas, los comportamientos sociales y la vida cotidiana. Y el fundamento de la identidad¹² de muchas de las áreas más pobladas del mundo occidental -ciudades, regiones industriales- es la industria, que desahució irreversiblemente los modos de vida tradicionales, por mucho que se mitifiquen desde determinadas concepciones, y es el verdadero sustento de la identidad colectiva actual.

Por otra parte, en barrios, ciudades, provincias enteras

que han sufrido el trauma de la desindustrialización, la puesta en valor del patrimonio industrial, además de un factor de identidad territorial, es un recurso a explotar, un medio de revitalización económica, aprovechando el atractivo estético y la conexión afectiva que despierta este patrimonio.

La arqueología industrial

El primer paso hacia la valoración social es, no obstante, el conocimiento y la salvaguarda de los restos materiales de la industrialización, y ésta ha sido, desde sus inicios, la seña de identidad y la meta de la arqueología industrial.

"La recherche et l'observation permettent d'identifier ce qui n'a pas été encore détruit, d'en déterminer l'historicité, d'en apprécier l'intérêt, de provoquer sa sauvegarde. Car c'est en cela sans doute qu'il convient de reconnaître l'objectif primordial de l'archéologie industrielle." (Dau-mas, 1980).

Todos los autores relevantes insisten de forma explícita en la interpretación y la preservación de los monumentos industriales como objetivo de la nueva rama de conocimiento. Probablemente es la decidida voluntad de salvaguarda la característica que más individualiza la arqueología industrial de la clásica, voluntad a la que se ha mantenido fiel hasta hoy, aunque con una contrapartida que la sigue lastrando: una concepción excesivamente "monumentalista", ligada a lo singular y lo espectacular.

Al hilo de la arqueología industrial, según ha ido evolucionando, se han desarrollado muchos campos de investigación, si bien es cierto que se trata de perspectivas que ya estaban incluidas, implícita o explícitamente, en las formulaciones iniciales, y que no podemos hablar, en sentido estricto, de una evolución de los contenidos. En primer lugar fue la arquitectura y el estudio de los edificios industriales, lo cual es lógico porque hablamos

de restos materiales; porque la industria, según la tecnología disponible y los sistemas de organización del trabajo, se fue dotando de una expresión arquitectónica propia, y porque el propósito inicial de la arqueología industrial fue el de salvaguardar aquellos restos que no podían trasladarse a museos o colecciones, y permanecían en su lugar original: los edificios.

Del estudio de materiales, técnicas, estilo, distribución y tipologías del conjunto arquitectónico se pasó al estudio de la máquina y del espacio industrial, analizando tanto el interior como el exterior de las fábricas y empezando a considerar las relaciones sociales y sus manifestaciones espaciales. La máquina, del mismo modo en que se había salvado en ocasiones gracias a que podía trasladarse a un museo, era también, por ese carácter mueble, el elemento más vulnerable, el primero en desaparecer, y por tanto, el que mayor protección necesitaba.

En los últimos decenios, bajo el efecto de la desindustrialización y del ritmo acelerado de cierre de empresas industriales, la dimensión antropológica y sociológica ha cobrado fuerza, al ver cómo se pierde irremediablemente la memoria de la condición obrera, que apenas ha dejado fuentes escritas. Tanto los documentos escritos como los iconográficos son fuentes dirigidas, es decir, predisuestas

"el afán de salvaguarda [...] a menudo ha desplazado al de conocimiento, y siguiendo la máxima de la modernidad que identifica ver con conocer, la mayor parte de las actuaciones se siguen realizando con un criterio básicamente estético y monumentalista, sin tener en cuenta los aspectos técnicos, científicos o históricos".

por el artífice para comunicar algo, por lo que proporcionan una información incompleta y parcial, interesada, sobre la vida de los trabajadores, además de que pueden existir, aparte de las evidentes, otras intenciones ocultas que nos pasan hoy desapercibidas a pesar de todas las cautelas. Los restos materiales, generalmente una fuente directa y no dirigida, que no fue producida para una finalidad distinta de su función, necesitan ser interpretados, "traducidos" al lenguaje de la historia, y muchos de los aspectos culturales que nos interesa conocer no dejan restos. En este contexto, se ha adoptado la metodología de la historia oral, nacida también en Inglaterra en la década de 1970 y utilizada por la etnología, con el fin de preservar informaciones valiosas para la comprensión de los lugares de trabajo y sus disposiciones, el vocabulario específico o las relaciones hombre-máquina.

El problema es que la mayor parte de los debates teóricos van muy por delante del trabajo efectivo de base. Aunque se insiste en artículos, libros y charlas sobre la necesidad de superar el desmedido afán catalográfico de los principios de la arqueología industrial, la realidad es que todavía falta mucho por hacer en ese campo, y no digamos sobre la interpretación de los espacios industriales en toda su complejidad. Mientras nos sumergimos en profundas discusiones académicas y buscamos trabajosamente enfoques innovadores, el trabajo de base sigue pendiente.

Por otra parte, el afán de salvaguarda, como hemos señalado, a menudo ha desplazado al de conocimiento, y siguiendo la máxima de la modernidad que identifica ver con conocer, la mayor parte de las actuaciones se siguen realizando con un criterio básicamente estético y monumentalista, sin tener en cuenta los aspectos técnicos, científicos o históricos. Desgraciadamente, en muchas ocasiones se decide derribar, también proteger, un es-

tablecimiento industrial sin saber prácticamente nada sobre él.

La monumentalidad, la búsqueda de aspectos sobresalientes, de "lo más" (grande, antiguo, importante, raro), arrincona en ocasiones a lo esencial. No se trata de renunciar al enfoque monumental, que es necesario, tanto por el frenético ritmo de destrucción del patrimonio industrial como porque el conocimiento no es capaz de emocionar más que a los especialistas, y para que un "baldío industrial" se convierta en patrimonio industrial es necesaria la implicación afectiva de la sociedad, o al menos de buena parte de ella. Pero entendemos que el objeto principal de estudio ha de ser también lo modesto, lo estandarizado, menos espectacular pero en ocasiones más importante de cara al conocimiento.

En todo caso, queda claro que la propia arqueología industrial es una disciplina compleja, y también, como en el caso de su objeto de estudio, de fronteras indeterminadas. Una buena muestra de ello puede ser la interpretación de Jean-Yves Andrieux (1992), para quien la arqueología industrial es "l'activité scientifique que se donne pour objet d'éclairer un corpus cohérent d'éléments rassemblés sous le vocable de patrimoine industriel", definición que no resuelve nada, puesto que deja toda la responsabilidad en el concepto de patrimonio industrial, que según este autor es "l'infrastructure matérielle laissée par une activité humaine passée", pero ¿no es eso, simplemente, arqueología?

La necesidad de elegir

La arqueología industrial, según la definición de Rix¹³, tiene como objetivo el registro, la interpretación y la preservación en casos seleccionados. Obsérvese: en casos seleccionados. A pesar de la destrucción de los restos materiales de la industrialización, que sigue en nuestros días, el hecho es que no se pueden

guardar todos los que quedan. Siguen quedando muchos, algunos de los cuales tienen un valor limitado, ya sea en términos estéticos como de aportación al conocimiento, y en muchos casos ocupan un espacio para los que la sociedad demanda nuevos usos. Es necesario, pues, elegir:

"Few of us wish to live in a museum, but it is of great importance that a representative selection of industrial monuments should be preserved for posterity." (Buchanan, 1972).

Ya hemos señalado que un primer paso, ineludible, es la elaboración de inventarios exhaustivos, puesto que una de las características del patrimonio industrial es, generalmente, su "invisibilidad". En ocasiones los restos materiales de la industrialización destacan claramente sobre su entorno, pero en otras no, porque se trata de espacios degradados, poco agradables, fáciles de evitar y, por tanto, fáciles de ocultar a la mirada colectiva. Son lugares desconocidos, escondidos detrás de la tapia. "It is surprising how frequently an industrial monument can be found at the bottom of the garden", en palabras de Buchanan.

Es imprescindible conocer cuáles son los elementos susceptibles de integrar el patrimonio industrial, para poder, después del adecuado trabajo de investigación histórica, proceder a la selección de los elementos y las propuestas de protección y de actuación para cada uno de ellos.

Los criterios que se han de manejar a la hora de seleccionar los bienes que integran el patrimonio industrial son diversos, puesto que hay que tener en cuenta tanto aspectos de interés histórico o técnico como de capacidad real de actuación.

Buchanan propuso dos puntos preliminares (la propiedad y el tipo de preservación a realizar) y seis criterios para la selección: 1) el grado de singularidad (es el único ejemplo, el primero o el más antiguo que ha sobrevivido, el último que se hizo o el

último que queda); 2) la posesión de caracteres específicos dentro de su categoría (estructura poco usual, caracteres regionales, cualidades estéticas o determinados grupos que han de preservarse como conjunto); 3) el tamaño y el uso, en el sentido de que tengan unas dimensiones que hagan factible su conservación y reutilización; 4) la posibilidad de ser aprovechado como atracción turística; 5) el grado de apoyo al proyecto de la comunidad local, y 6) la asociación con otros elementos (por ejemplo por ser obra de un ingeniero famoso o representar una innovación técnica importante). Nótese cómo en toda esta formulación subyace la aparentemente inevitable deriva hacia el particularismo monumentalista.

En España, el Plan Nacional de Patrimonio Industrial propone los siguientes criterios de valoración y selección, distribuidos en tres grupos (A, B y C), que podríamos denominar como específicos, patrimoniales y operativos, respectivamente:

- A: valor testimonial; singularidad y/o representatividad tipológica; autenticidad e integridad.
- B: histórico-social; tecnológico; artístico-arquitectónico y territorial.
- C: posibilidad de restauración integral; estado de conservación; plan de viabilidad y rentabilidad social y situación jurídica.

En todo caso, tal como señala el propio Buchanan, sabemos que no hay una fórmula completa que permita a un comité imparcial cuantificar qué méritos relativos posee cada monumento industrial. No existen reglas definitivas y universales con que cuantificar el "valor" de un bien integrante del patrimonio industrial, ni fórmulas que permitan ponderar si es más importante la posibilidad de restauración o el valor testimonial.

Dejemos de lado, sin embargo, los problemas concretos,

a veces muy complicados, que plantea la valoración a partir de determinados criterios y la traducción de esta valoración a una categoría legal, y supongamos conseguida la primera meta de la arqueología industrial: la protección y salvaguarda de los elementos del patrimonio industrial que, a nuestro juicio, reúnen los requisitos necesarios para ello. Tienen que entrar ahora en juego nuevas ópticas y nuevos profesionales.

3. Actuar sobre el patrimonio industrial. Realidad, testimonio y recurso

El patrimonio industrial es, a la vez, presente, pasado y futuro. Presente porque existe en la realidad, a veces como símbolo de identidad colectiva y otras como un "espacio en blanco" de nuestras ciudades, ya sea por falta de conocimiento o por considerarlo un elemento desagradable o inseguro. Pasado por cuanto es un testimonio, un acumulador de herencias, un lugar donde se materializan las experiencias, las aspiraciones, los errores –fuente de conocimiento– de nuestros antepasados. Futuro porque será parte del legado, del patrimonio, que dejaremos a las sociedades venideras, ya sea convertido o no en recurso.

Las sociedades tienen que cambiar, es un hecho inevitable e incluso deseable, pero se ha de concebir el desarrollo como un proceso global y a largo plazo. Se trata de conducir el cambio de forma que no tenga un precio en cultura, del mismo modo en que, poco a poco, ha ido calando la idea de que no debe tenerlo en términos de medio ambiente o calidad de vida.

Pero no basta con tomar la opción de preservar determinados edificios o espacios, sino que hay que devolverles la vida, o, más exactamente, darles una nueva vida, esto es, insertarlos en nuestro proceso histórico, darles una utilidad actual, viva, respetando en la medida de lo posible sus características. La

simple conservación, la creación de "fósiles industriales", no es más que un aplazamiento temporal de la condena, que se ejecutará al menor descuido.

No es, en absoluto, un cometido sencillo, puesto que se trata de conciliar tres facetas con exigencias distintas, a menudo contrapuestas: la calidad (el conocimiento, el respeto), la utilidad (la revitalización) y la emoción. Es una apuesta difícil y peligrosa, para la que no existen recetas universales, en la que sólo caben la innovación constante y la conciencia del riesgo. En cierto modo, cada éxito en la conservación y revitalización del patrimonio industrial es un pequeño milagro.

Calidad, emoción y utilidad, una conciliación tan difícil como necesaria

De la calidad, el conocimiento, es de lo que hemos hablado especialmente a lo largo del artículo. Cabe, no obstante, hacer algunas precisiones. En primer lugar, que aunque la base para el conocimiento es la descripción y la comparación, un método habitual en la interpretación de restos arqueológicos, el objetivo no puede quedarse reducido a una colección de monografías de los establecimientos industriales. Los restos no le "hablan" al arqueólogo industrial, hay que interpretarlos, considerando siempre tanto lo que se ve como los fundamentos, no visibles, que lo explican. Ello exige lo que podríamos denominar un "viaje de ida y vuelta" que exige tiempo y esfuerzo. A partir del conocimiento particular hay que llegar a generar un conocimiento general, que nos permitirá situar en su contexto adecuado los restos particulares, un aspecto esencial, puesto que el receptor de máquinas, procesos o ideas no es necesariamente un sujeto pasivo que las asume críticamente, sino que las puede adaptar a las circunstancias o la cultura local, y basta tener en cuenta lo señalado hasta el momento so-

bre el papel del patrimonio industrial en la identidad territorial o el objetivo de la arqueología industrial, que no es otro que el del conocimiento del hombre y la sociedad.

El patrimonio industrial es tanto un elemento material, tangible, como su interpretación intangible, es a la vez continente y contenido, y por ello es preciso aprender primero, para que después podamos enseñar a mirar lo que no se ve, y llegar así, en lo posible, a vislumbrar la realidad.

Pero el conocimiento no genera emoción más que en el especialista, y, por tanto, no es suficiente, porque no implica al conjunto de la sociedad. Sólo si somos capaces de transmitir ese conocimiento, y de hacerlo de forma que el patrimonio industrial suscite emoción, se gane el afecto de la sociedad, podemos conseguir que se considere digno de ser preservado, es decir, que se asuma que su conservación costará dinero, recursos y esfuerzos, que podrían ir destinados a otros usos.

La emoción es un ingrediente imprescindible en la receta del patrimonio industrial. Las reacciones subjetivas estimulan el interés, e incitan a dedicar una parte del tiempo a las cosas del pasado; pero implican ciertos riesgos, porque no sirven para aumentar el conocimiento objetivo y, sobre todo, porque pueden derivar fácilmente hacia el fetichismo, confundiendo cantidad con calidad y decorado con paisaje.

Una pieza fundamental en la emoción que suscita el patrimonio industrial es el valor estético. A pesar de que a veces se afirme que el edificio industrial, no digamos ya el espacio industrial en su conjunto, no posee valores estéticos, comparándolo con el patrimonio histórico-artístico, pensamos que se trata de una afirmación con muy poco fundamento. Aparte de la fascinación que la industria y sus paisajes ha ejercido en muchos artistas, hay un componente es-

tético desde la máquina al producto final. Por ejemplo, la repetición de ventanas, necesarias para dar iluminación natural del espacio de trabajo, siguiendo patrones modulados en función de los materiales o de los procesos, puede alcanzar en ocasiones una armonía de alto valor estético. Una muestra sencilla de modulación impuesta por la actividad es un muelle de mercancías de una estación ferroviaria, donde la disposición y tamaño de las puertas viene determinada por la longitud de los vagones.

Por otra parte, la industria se dotó de una estética propia, que contrasta y complementa las formas y materiales de los edificios actuales, convirtiéndose en ocasiones, sobre todo cuando parte de la función del edificio industrial era dar una "imagen de marca", en verdaderos hitos urbanos.

En suma, un sector cada vez más importante de la población aprecia los restos de la industrialización, y su implicación emocional, aunque implique riesgos, es necesaria.

El tercer punto, la utilidad, es tan importante y decisivo como la calidad y la emoción. Se trata de aprovechar las características del patrimonio para adaptarlo a los deseos o necesidades de la sociedad actual. Usando de nuevo una expresión de Bergeron y Dorel-Ferré que se ha popularizado, hay que darles una "segunda vida".

Pero la revitalización no puede ser espontánea, y cualquiera

que sea su escala, del monumento a la ciudad histórica, o su papel en la estrategia urbana y territorial, requiere imaginación para buscar soluciones, porque generalmente aumentar la utilidad supondrá reducir la calidad. Llegar a una solución de compromiso entre ambos objetivos es, en la mayor parte de los casos, un arte y no sólo una técnica, que precisa de capacidad creativa, mente abierta y conocimiento exacto de la situación concreta y de las dificultades.

Las líneas básicas de actuación son dos: mantener la actividad o reconvertirlo a nuevos usos. La más respetuosa con el patrimonio, cuando el establecimiento ha sobrevivido en funcionamiento, con todos los elementos -materiales y humanos- necesarios, es la de mantener la actividad. Requiere un decidido apoyo institucional o colectivo, y la actividad industrial suele coexistir con el uso como "museo vivo".

La segunda línea ofrece, a su vez, dos posibilidades bien diferenciadas: la transformación en museo, bien en el propio lugar o mediante el rescate de elementos de otros establecimientos, y la reconversión a usos distintos del original.

El campo de los museos en general, y los museos industriales y tecnológicos en particular, es demasiado amplio y complejo, y está fuera del ámbito de este artículo, pero lo que nos interesa señalar aquí es que hay que considerar (aparte del valor científico, del interés social de los contenidos o de la importancia y espectacularidad del contenedor) que para el turismo de masas la visita se ha de convertir en un juego de tiempos y emociones, interactuando, descubriendo un número limitado de temas, y respetando el carácter de referente que tiene buena parte del turismo cultural (la idea de que "tengo una fotografía luego he estado"). La emoción es efímera y, excepto para el aficionado, se desvanece pronto. Se ha de

"un sector cada vez más importante de la población aprecia los restos de la industrialización, y su implicación emocional, aunque implique riesgos, es necesaria".

conseguir, mediante el concurso de profesionales de la comunicación, transmitir los mensajes esenciales sobre la lógica y la historia del establecimiento, sin caer en la banalización, pero con una oferta dinámica, competitiva y atractiva.

Y un problema añadido de los museos industriales es la necesidad de un mantenimiento cualificado, con especialistas en oficios a menudo ya desaparecidos.

La actuación más compleja, y también la más extendida, es la reutilización para fines distintos del original o el museográfico. Rehabilitar un edificio no es restaurarlo. Rehabilitar consiste en una serie de procedimientos técnicos para la puesta a punto de un patrimonio, objeto reciente de una revalorización económica, práctica o estética. Se trata de transformar un local, edificio o barrio para darles unas condiciones satisfactorias, en términos de comodidad y habitabilidad, y asegurar así la preservación de las características arquitectónicas principales. No es una simple mejora del hábitat, sino que comporta la reestructuración interna y la adaptación a nuevas exigencias; muy difícilmente se podrá conservar la organización espacial del establecimiento, por lo que prácticamente en cualquier caso supone una "desnaturalización", una pérdida del conjunto como tal. El riesgo de que el edificio rehabilitado se convierta en una "postal", un decorado que mantiene la imagen exterior pero con un interior vacío, es, obviamente, muy elevado.

¿Rehabilitar un edificio industrial es caro o barato? Bergeron y Dorel-Ferré, como otros autores, sostienen que adaptar un inmueble existente es más barato que derribarlo y construir otro nuevo. En la misma línea parece estar Sobrino Simal (1998), cuando afirma que "se puede considerar un despilfarrero material y cultural la destrucción de estos edificios, dadas

sus condiciones de fácil acceso, situación en espacios urbanos significativos, su buena iluminación y su gran superficie diáfana edificada, que les permite ser rehabilitados y conservados." Pero rehabilitar puede ser más caro que construir o reconstruir manteniendo sólo un "aire" vagamente parecido a la estética que se quiere conseguir. En todo caso, más que un problema de precio (y aparte la cuestión de la rentabilidad social o económico-pública), lo que sucede habitualmente es que la rehabilitación bien hecha supone trabajos delicados y presupuestariamente imprevisibles que desalientan a los promotores, tanto públicos como privados.

Las exigencias contradictorias entre la conservación y la utilización del patrimonio industrial provocan que la rehabilitación entrañe riesgos, a menudo soslayados. Riesgos físicos, desde el deterioro por el uso intensivo a la desnaturalización de los establecimientos por las transformaciones impuestas por el cambio de uso, especialmente en lo que se refiere, como hemos señalado, al tratamiento de los espacios interiores, aunque se respete la fachada monumental. Pero también riesgos sociales, por la ejecución de rehabilitaciones demasiado costosas, que suponen una alteración del entorno y la expulsión del mismo, en un plazo más o menos lejano, de determinados segmentos de población, o porque la orientación turística favorezca la creación de un medio artificial; riesgos sociales que se manifiestan también como riesgos urbanísticos: asignación de sentido de clase (elitización), descontextualización espacial, etc.

"La reutilización es, sin duda, la forma más paradójica, audaz y difícil de valorización patrimonial consistente en reintroducir un monumento en el circuito de los usos vivos. De esta manera, y tal como lo mostraron y lo repitieron sucesivamente Riegl y Giovannoni, el monumento queda

libre de estar en desuso aunque queda expuesto al desgaste y las usurpaciones de uso: atribuir un nuevo destino es una operación difícil y compleja, que no debe fundarse sólo en la homología con el destino original." (Choay, 2007).

4. Vivir en la frontera

La actuación sobre el patrimonio industrial exige, pues, una perspectiva interdisciplinaria, abierta e innovadora. O se lleva a cabo todo el proceso o no se consiguen las metas, que incluyen la salvaguarda y conservación, vivo y no fosilizado, del patrimonio para que se convierta de nuevo en un legado, lo que implica, como hemos visto, renunciar a principios absolutos, comprometerse en su conocimiento y asumir riesgos.

El estudio y la actuación sobre el patrimonio industrial no tiene una disciplina académica propia, pero eso no quiere decir que no cuente con una cultura propia. Es un campo de conocimiento joven, pero firmemente anclado en el panorama cultural contemporáneo, y su único problema real¹⁴ es que no se pueden fijar definiciones claras ni rotundas, y los límites del "nuevo territorio" de Bergeron y Dorel-Ferré se diluyen en unas fronteras amplias y difusas, entre las que encuentran cabida muchas de las disciplinas formales clásicas. En este campo confluye toda una gama de especialistas diversos.

"Here is a subject that is acceptable to the economic historian, the architectural enthusiast, the human geographer, the local history group, the liberal studies class in technical colleges, the general studies undergraduate (be he Arts man or scientist), the folk-life expert." (Rix, 1967).

La interdisciplinaria es concebida, por todos los autores y desde el principio, como uno de los valores esenciales de la arqueología industrial. Buchanan, por ejemplo, plantea en su obra las ventajas de dar a la arqueolo-

gía industrial un estatus de disciplina académica, dotándola de estudios sistemáticos y reconocidos, pero señala, a su vez, que debe de hacerse de forma que mantenga su carácter interdisciplinar, una tarea que estimamos nada sencilla.

Hoy en día, la interdisciplinariedad es el rumbo que siguen todas las ramas del saber humano; y quien investiga sistemas complejos debe habituarse a estar siempre abierto a otros puntos de vista, a trabajar mediante la cooperación de varias disciplinas. Estamos totalmente de acuerdo con Lucien Febvre en su ensayo «Hacia otra historia» (1949):

“Porque toda definición es una cárcel. Y porque las ciencias, como los hombres, tienen ante todo necesidad de libertad. [...] “Atención, amigo mío, se está usted saliendo de la historia... [...] Si son ustedes historiadores no pongan el pie aquí: esto es el campo del sociólogo. Ni allá: se meterían ustedes en el campo del psicólogo. ¿A la derecha? Ni pensarlo, es el del geógrafo... Y a la izquierda el del etnólogo...” Pesadilla. Tontería. Mutilación. [...] Donde el historiador debe trabajar libremente es en la frontera, sobre la frontera, con un pie en el lado de acá y otro en el de allá.”

En el campo del patrimonio industrial, las fronteras son tan grandes y poco definidas que ni siquiera podemos dejar un pie a cada lado, sino que tenemos que abandonar la seguridad de nuestro hogar académico o nuestro nicho profesional, donde todos compartimos el mismo idioma, con su cultura, sus mitos, sus formas de ver el mundo y de trabajar, meter en un petate lo poco o mucho que sabemos hacer e irnos a vivir a la frontera, a convivir con gentes que hablan un idioma distinto y tienen otros valores, pero que están animadas por el mismo interés que nosotros. Junto a ellas, entre todos, podemos conseguir hacer avanzar el pensamiento humano y la

salvaguarda patrimonial, aunque sólo sea un poco, y en cualquier caso, vivir una experiencia enriquecedora tanto para nosotros como para el “país académico” del que procedemos.

→ NOTAS

1. Rix [1967], por ejemplo, lo que defiende es que la investigación arqueológica ha de ampliar sus límites temporales, extendiéndose hasta la actualidad: “The terminus ad quem of archaeological research is today.”
2. Hudson (1976) expresa una opinión coincidente: “No one kind of evidence provides the complete picture, an even with all the available information to hand, a lively imagination is needed to make sense of it.”
3. Buchanan (1972) planteará esta misma idea de una forma menos evocadora y apasionada pero más contundente: “To the historian, all information is good information.”
4. Aunque Buchanan no menciona expresamente a Kranzberg en *Industrial Archaeology in Britain* (1972), sí que cita a su revista. Al añadir a la definición de arqueología industrial de Rix (ver nota 13) la necesidad de contextualizar los restos materiales de la industria, se acerca todavía más a los planteamientos de la historia de la tecnología tal como los defiende Kranzberg. El mensaje, en esencia, es el mismo, e incluso llega a definir a la arqueología industrial como el exponente del “aspecto práctico” de la historia de la tecnología.
5. Como es el caso de Woronoff (1989).
6. Friedrich Engels utiliza ya el término en la introducción de *The Condition of the Working Class in England*, en 1844, aunque se atribuye su generalización a Arnold Toynbee (tío del famoso historiador actual con el mismo nombre), cuando se publicaron los cursos que impartía en Oxford bajo el título *Lectures on the Industrial Revolution in England*, en 1884.
7. Es preciso hacer esta distinción, porque la ambigüedad del término “fábrica”, que según el Diccionario de la Real Academia Española hace alusión tanto al edificio como al conjunto de la instalación, puede favorecer la confusión, algo que no ocurre en otros idiomas, como el francés.
8. Por ejemplo, la portada de la publicación de Rix (1967) muestra una fotografía de los subterráneos de la Estación Central de Manchester, y Hudson (1976) incluye expresamente el transporte en la definición de arqueología industrial, le dedica un capítulo y en ocasiones utiliza la expresión “arqueología de la industria y del transporte”, algo que también hace Buchanan. Por otra parte, la locomotora

de vapor -una chimenea que se mueve- es probablemente el icono de mayor fuerza plástica y evocadora de la industrialización.

9. Texto citado en Aguilar Civera (2001).
10. Buchanan (1972) incluye en el ámbito de la arqueología industrial “a wide range of industrial categories and chapters devoted to power, transport systems, and public services”.

11. ¿Existe una formación reglada y organizada? En ese caso, ¿la oferta es independiente o está controlada por la propia empresa? ¿La cualificación profesional o el sentido de grupo de determinados colectivos les otorga una fuerza especial en sus relaciones con la empresa o con los demás trabajadores?...

12. La relación entre patrimonio territorial e identidad colectiva esté presente desde su nacimiento. Después de la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña ha dejado de ser la gran potencia mundial, y el nacimiento de la arqueología industrial no deja de estar teñido del afán de preservar la memoria del papel de su país en la historia mundial, con un sentimiento mezcla de orgullo, nostalgia y rabia por la desaparición de los restos materiales de ese pasado glorioso. “After all, the Industrial Revolution which is still changing the face of the globe was largely pioneered in this country and in consequence its prime monuments are more thickly sown in Britain than anywhere else in the world.” (Rix, 1967).
13. “Industrial Archaeology may be defined as recording, preserving in selected cases and interpreting the sites and structures of early industrial activity, particularly the monuments of the Industrial Revolution.”

14. En lo que se refiere al campo del conocimiento, puesto que en el campo administrativo y en el técnico-operativo aún se pueden detectar graves problemas prácticos y conceptuales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUILAR CIVERA, Inmaculada (2001): “La investigación sobre el Patrimonio Industrial. Una revisión bibliográfica”, Transportes, servicios y telecomunicaciones, nº 1.
- AGUILAR CIVERA, Inmaculada (1998): *Arquitectura industrial: concepto, método y fuentes*, Diputación Provincial de Valencia.
- AMADO MENDES, José (2000): “Uma nova perspectiva sobre o património cultural: preservação e requalificação de instalações industriais”, *Gestão e Desenvolvimento*, nº 9.
- ANDRIEUX, Jean-Yves (1992): *Le patrimoine industriel*, PUF.
- BERGERON, Louis ; DOREL-FERRÉ, Grácia (1996): *Le Patrimoine industriel, un nouveau territoire*, Liris.

- BUCHANAN, R.A. (1972): *Industrial Archaeology in Britain*, Penguin Books.
- CAPDEVIELLE, Jacques (1986): *Le fetiche du patrimoine. Essai sur un fondement de la classe moyenne*, Presses de la Fondation National des Sciences Politiques.
- CHOAY, Françoise (2007): *Alegoría del patrimonio*, Gustavo Gili.
- DAUMAS, Maurice (1980): *L'archéologie industrielle en France*, Robert Laffont.
- FEBVRE, Lucien (1975): *Combates por la historia*, Ariel.
- HUDSON, Kenneth (1976): *The Archaeology of Industry*, Bodley Head.
- INSTITUTO DEL PATRIMONIO HISTÓRICO ESPAÑOL (2000): *Plan Nacional de Patrimonio Industrial*, (actualmente Instituto del Patrimonio Cultural de España), Ministerio de Cultura.
- KRANZBERG, Melvin; PURSELL, Carrol W. Jr. (Eds., 1967): *Technology in Western Civilization*, Oxford University Press.
- LAVAUD, Sandrine (Dir, 2003): *Le fait industriel de 1850 à nos jours. Exemples empruntés au patrimoine aquitain*, Centre régional de documentation pédagogique d'Aquitaine.
- MANNONI, Tiziano; GIANNICHEDA, Enrico (2004): *Arqueología de la producción*, Ariel.
- MÉNDEZ, Ricardo; CARAVACA, Inmaculada (1996): *Organización industrial y territorio*, Síntesis.
- ORTEGA VALCÁRCCEL, José (1999): "El patrimonio territorial: el territorio como recurso cultural y económico", *Ciudades* nº 4, Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid.
- PALMER, Marilyn (1990): "Industrial Archaeology: a thematic or a period discipline?", *Antiquity*, nº 64.
- RIX, Michael (1967): *Industrial Archaeology*, The Historical Association, Pamphlet nº 65.
- SOBRINO SIMAL, Julián (1996): *Arquitectura industrial en España*, Cátedra.
- SOBRINO SIMAL, Julián (1998): "La arquitectura industrial: de sala de máquinas a caja de sorpresas", *Ábaco* nº 19 (segunda época).
- TICCIH (2003): *Carta de Nizhny Tagil sobre el Patrimonio Industrial*.
- VICENTI PARTEARROYO, Ana (2007): "Perspectivas sobre la Arqueología Industrial", *Arqueoweb*, nº 9.
- WORDNOFF, Denis (1989): "L'archéologie industrielle en France: un nouveau chantier", en *Annales Histoire, Économie et Société*, nº 3. ■

Llámbara

NÚMERO 02 - 2009

patrimonio industrial



contenido



- 5 Editorial**
- 7 Las fronteras del Patrimonio Industrial**
JOSÉ LUIS LALANA SOTO y LUIS SANTOS Y GANGES
- 21 El poblado obrero de Unquinesa de Mataporquera (Cantabria)**
GERARDO J. CUETO ALONSO
- 29 El archivo de Hullera Vasco-Leonesa y el Patrimonio minero de Castilla y León**
JOSÉ ANDRÉS GONZÁLEZ PEDRAZA
- 39 El Patrimonio Industrial y la educación: una experiencia de trabajo**
GUILLERMO RIVILLA MARUGÁN y GRUPO DE ALUMNOS DE 2º DE BACHILLERATO DEL IES PÍO DEL RÍO HORTEGA DE PORTILLO (Valladolid)
- 46 La ley de Defensa del Patrimonio de 1933**
LEANDRO MARTÍNEZ PEÑAS
- 55 Principales actuaciones de recuperación del patrimonio minero en la montaña palentina. La reconfiguración de un municipio minero: San Cebrián de Mudá**
CARMEN HIDALGO GIRALT
- 65 El aerotrén (l'aérotrein)**
TOMÁS RUIZ BARRIO
- 74 Patrimonio Industrial en la comarca de las Sierras de Béjar y Francia**
PABLO SÁNCHEZ PÉREZ
- 83 Espacio Joven de Valladolid, de matadero industrial a espacio de participación juvenil**
CARLOS DE MIGUEL GARCÍA
- 96 Miradas sobre nuevos usos del Patrimonio Industrial**
- La Fábrica de Arenques de Djúpavík (Islandia)
 - La Azucarera Santa Victoria en Valladolid (España)
- 100 Actividades de Llámpara en 2008**
- 105 Galería de imágenes**
JUAN CARLOS QUINDÓS DE LA FUENTE